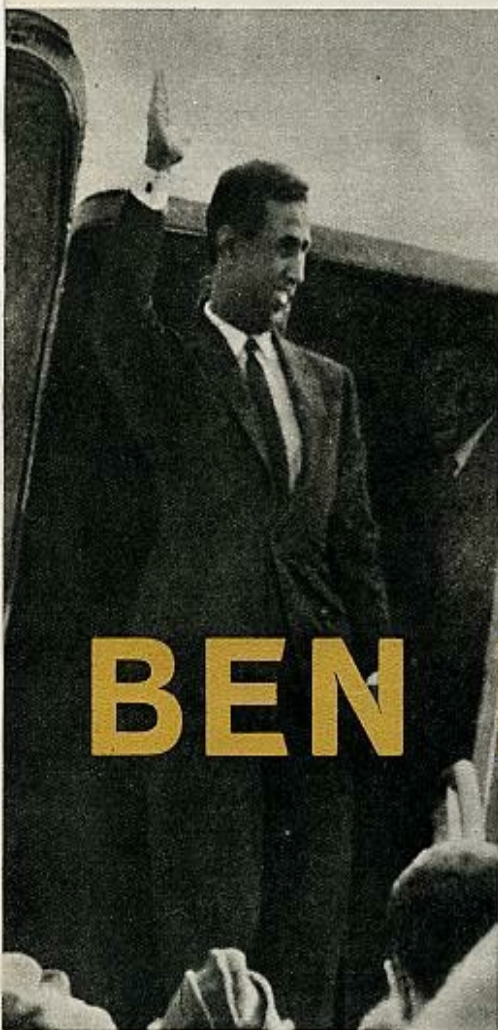


EN ORBITA



Ben Jider, enviado especial de Mohamed Ben Bella, se entrevista con varios ministros del Gobierno.



Ya está Ben Bella en Argel. A su llegada saluda a la muchedumbre que le aclama en el aeropuerto.

El término «hermano», perteneciente al vocabulario de la revolución argelina, ¿ha vuelto a cobrar ya, para Ben Bella y Ben Jeddá, el sentido que adquirió a lo largo de muchos años de cruenta guerra? Aunque no es posible formular previsiones, dado el lógico maremágnum en que se debaten los dirigentes del joven Estado, sí cabe considerar como muy positivos el recibimiento dispensado a Mohamed Ben Bella por el pueblo de Argel, y el estrecho abrazo que unió instantes después, a presidente y vicepresidente del Gobierno provisional, cuya personal querrela amenazaba sustancialmente la integridad de las conquistas revolucionarias. No sabemos hasta qué punto encarnan Ben Bella y Ben Jeddá las dos más fuertes tenden-



En la capital argelina, Ben Bella es protegido por

BEN BELLA SE A

cias políticas de la nueva Argelia. Nombres más oscuros —Budiaf, Bumedian—, podrían muy bien representar posiciones mucho más estables y con más prolongada proyección en el porvenir. Pero, por el momento, si queremos escrutar —en la escasa medida que las confusas circunstancias lo permiten— la realidad actual de la República nacida en Evian,

hemos de partir, por fuerza, de los hombres que ejército y pueblo han erigido en jefes y de sus particulares posturas. Lo que resulta apresurado y poco lícito es el gratuito propósito de situarles ya, antes de toda definición programática, en un punto concreto de la gama política; a la izquierda Ben Bella y Ben Jeddá a la derecha. Errónea simplificación si



los soldados al desbordarse la multitud entusiasmada. El "jefe histórico de la revolución", como se le ha llamado, ha dado un nuevo paso hacia el poder total.

CERCA AL PODER

se piensa que el primero, dictatorial y unipartidista, instauraría, de tener éxito, una férrea dictadura «nasserista», mientras que el actual presidente ya ha manifestado su propósito de dejar el campo abierto a todos los partidos.

Bajo la brillante y sensacionalista superficie que refleja la lucha por el poder, callan, to-

davía, los que en última instancia decidirán; los millones de argelinos que salen de la noche colonial con sus cuadros dirigidos, pero con un empeño firme y claro de levantar, sobre las ruinas todavía humeantes de los ataques O. A. S., el vacío dejado por la huida masiva de capitales a la antigua metrópoli, y un esqueleto administrativo mil

veces quebrado, un país verdaderamente suyo, sin interferencias extrañas, moviéndose hacia el futuro al aire de sus peculiaridades nacionales. Si lo consiguen, la palabra «hermano», de tan tremendo significado cuando la escuchaba el periodista Henri Alleg de labios de un musulmán torturado, habrá asumido, sin duda, su auténtico sentido.